

RESEÑAS

ALVIRA DOMÍNGUEZ, Rafael, *El lugar al que se vuelve. Reflexiones sobre la familia*, 2ª ed., Eunsa, Pamplona, 2000.

Es llamativo el hecho de que la primera consideración en un conjunto de ensayos sobre la familia sea una extensa referencia a su relevancia *estética*, como núcleo donde se aprende la *armonía* y la *paz*. Rafael Alvira desafía de este modo —sin negarlos ni invalidar la parte de verdad que les corresponde— los planteamientos funcionalistas —a veces deslucidos y monótonos— que aluden a la familia como un órgano o mecanismo fundamental de la sociedad. En cambio, nos la presenta como una realidad brillante y profunda, arraigada esencialmente en la naturaleza humana y por ello cuajada de potencialidades inagotables para el crecimiento de las personas y el desarrollo de las sociedades. En este sentido, el autor recupera el vínculo fundamental entre ética y estética, tan evidente para la tradición clásico-humanista y tan extraviado en el pensamiento contemporáneo.

El lugar al que se vuelve es una reflexión sobre la familia en su dimensión educativa, política y económica, desde presupuestos antropológicos. Después de definirla, el autor señala que se trata del único lugar donde el hombre puede aprender el significado de la persona individual y de la sociedad al mismo tiempo. Esta doble dimensión —individualidad y relacionalidad— es constitutiva de la persona. El proceso de *personalización* sólo se da en el ámbito familiar, siendo éste el lugar donde el ser humano es aceptado por sí mismo y no por sus cualidades. La integración del aspecto relacional e individual de la persona sólo se obtiene a partir de una educación en la *confianza*. Son particularmente interesantes las consideraciones dedicadas a la *intimidad* —que instala al hombre en una relación armoniosa entre exterioridad e interioridad— y a la relación de esta característica de la familia con la educación.

El autor rechaza enérgicamente la falsa dialéctica entre *familia* y *sociedad*: sin familia no hay sociedad posible. La familia es la sociedad

por excelencia y la primera forma en la que aparece lo social. Explica que en la familia se aúnan los aspectos fundamentales de la naturaleza social del hombre, desarticulados y enfrentados entre sí por las ideologías modernas: en ella, el hombre aprende a ser *conservador* y a ser *liberal* a la vez, a buscar el *progreso* y a asumir su *responsabilidad social*. Asimismo traza un sugestivo paralelo entre los elementos constitutivos de la familia —*economía, educación e intimidad*— y las consignas de 1789 —*libertad, igualdad y fraternidad*—. Posteriormente se detiene en las dimensiones en las que la familia desempeña su función: *espacio* (en su acepción tanto física como espiritual) y *tiempo* (en su aspecto cualitativo y cuantitativo). La conclusión de la consideración política de la familia es inevitable: no se trata de examinar la familia desde la sociedad, sino al revés.

Una breve pero eficaz referencia a la transformación del papel económico y social de la familia a través de la historia de la cultura occidental le permite abordar las relaciones entre *familia y economía*. Desde la comprobación de la materialidad esencial del hombre, el autor recupera la centralidad de la familia en la actividad económica. Señala agudamente el papel que han tenido tanto las ideologías políticas —liberalismo y socialismo— en la destrucción sistemática de las condiciones necesarias para la formación y el crecimiento de las familias, como el de la actual teoría económica en el desprecio o minusvaloración de su protagonismo social.

Alvira recurre a la noción de *propiedad* y al radical humano del *tener* (despreciado sistemáticamente por venerables tradiciones filosóficas) para explicar la dimensión económica de la familia. Una noción extremadamente reveladora es la distinción entre *propiedad privada* y *propiedad individual*. Es la primera la que da fundamento real a la economía. Además, se relaciona íntimamente con las instituciones del matrimonio y la familia: la propiedad, así definida, adquiere un carácter común y limitado a la vez. La conclusión, formulada en interrogaciones, haría sonrojar a cualquier economista moderno de orientación individualista: no puede comprenderse el sentido del ahorro, del consumo, del trabajo o de la inversión, si no hay nadie a quien ofrecerle el fruto de cada una de esas acciones.

El libro cierra con dos capítulos que reconducen la reflexión al terreno moral y antropológico. El primero de ellos está dedicado al sistema de virtudes que se aprenden en el ámbito familiar, con especial referencia a la *magnanimidad*. El segundo se centra en la consideración de la familia como el lugar de la *esperanza*. Sin perder de vista las afirmaciones de los

capítulos anteriores, el autor afirma que sin magnanimidad y sin esperanza, es decir, desde la mezquindad de espíritu, la simulación, la desesperación y el miedo, no hay sociedad ni economía posibles.

Por detrás de los evidentes aciertos del libro se advierte en su concepción una pulsión fuertemente vivencial, un continuo abreviar en remanadas experiencias personales. Como suele suceder con las realidades humanas más profundas, sólo es posible hacerlas visibles desde la propia vida vivida.

Héctor Ghiretti

BLUMENBERG, Hans: *Die Lesbarkeit der Welt*, Suhrkamp, Frankfurt, 1981, 420 págs; *La legibilidad del mundo*, Paidós, Barcelona, 2000, 415 pp.

Hans Blumenberg, en *La legibilidad del mundo*, ha reconstruido el proceso como el pensamiento filosófico moderno introdujo una creciente contraposición entre estas dos fuentes tradicionales de la verdad, como son la *Biblia* y el *Libro de la naturaleza*, sometiendo a crítica la postulada *unidad de sentido* existente entre ellas. Para justificar esta conclusión a lo largo de la obra se defienden tres tesis:

1) La tradición judeo-cristiana identifica el *hombre mundano* con el hombre ignorante incapaz de reconocer esta *legibilidad* tanto del mundo creado como del sobrenatural, ya que ni hace un uso adecuado de la fe ni tampoco de la razón. No aprecia la profunda *unidad de sentido* de los dos *libros*, la *Biblia* y el *Libro de la naturaleza*, sin advertir que en ambos casos se llega a un mismo autor de la verdad. Hasta el punto que está incapacitado para adquirir un *recto criterio moral*, al menos respecto de las cuestiones que afectan a este tipo de verdades eternas, como ahora sucede con todo lo relativo a la propia santificación personal (pp. 1-36).

2) El pensamiento moderno a partir de Laplace reivindicó así una autosuficiencia completa del *Libro de la naturaleza* como un principio de sabiduría meramente *profana* sin remitirse ya a nada distinto de sí mismo, aunque no había ocurrido así anteriormente, en Kepler, Galileo, Descartes, Leibniz o Newton. Algo similar también ocurrió con las interpretaciones meramente *profanas* del *Libro de la vida (humana)* y de *la historia*, especialmente a partir de Spinoza, Vico, Herder o Kant, asig-